

aquellos espectadores avezados al pugilato y á las luchas de fieras; embrutecidos por la vista de la sangre que los golpes del cesto hacían brotar, ó de los cuerpos lívidos á causa de las magulladuras; y que prestaban el oído con mucho mas gusto á los aullidos de los osos que al ritmo de las estrofas aladas, que arrebatában al pueblo de Aténas y á la aristocracia de Roma?

¿Qué hará, pues, la tragedia de Aténas expulsada del teatro por los gritos de los espectadores agrupados á millares en las gradas por encima de los caballeros y de los hombres de gusto, los cuales no tienen derecho en el teatro á sentir de un modo diverso de como siente el pueblo? Se refugiará en los libros de las personas de talento, castas como ella, y como ella arrojadas de la escena por el vulgo profano; en vez de tragedias representadas habrá tragedias escritas: en efecto, Quintiliano dice que el *Tieste* de Varo merecía colocarse al lado de las obras maestras del arte griego, y era elogiada también en extremo la *Medea* de Ovidio. Aunque yo crea poco, lo repito, en los ingenios perdidos ó inéditos, no es inverosímil que este *Teseo* y esta *Medea* fuesen felices imitaciones de las tragedias griegas. En una época en que se rehacía á Homero, Píndaro, Anacreonte, ¿por qué no se habría ejecutado lo propio con Sófocles? Los entendimientos de entonces sabían la lengua y la lógica de las pasiones; la misma Dido puede considerarse como un progreso respecto del arte griego en el conocimiento del corazón de una mujer. Allí estaban los elementos de restauración del arte dramático; y si Augusto, que todo lo podía, hubiese podido crear un teatro y un auditorio, quizá en lugar de dos tragedias perdidas tuviéramos una colección de hermosas reproducciones del arte griego. Pero Augusto hizo para el pueblo de su época lo que hacían los ediles para el pueblo contemporáneo de Escipión. Viendo que los ensayos trágicos no gustaban, cesaron de comprar tal mercancía y dejaron correr al pueblo á la lucha de fieras. No de otro modo obró Augusto, el cual, en este concepto, lejos de reformar un público que conocía demasiado bien, dejó á su arbitrio preferir las verdaderas mantanzas del circo á las puñaladas de que no se muere. La empresa hubiera sido difícil, sobre todo desde la nueva mezcolanza que César, su tío, había llevado á cabo, y en medio de aquel nuevo pueblo conducido por él á Roma de todas las partes del mundo con sus nuevas diferencias de costumbre, de religión, de idioma; de modo que no podían existir mas espectáculos bien recibidos de la multitud que aquellos en que los actores no hablaban ninguna lengua, y eran ó animales ó gladiadores, según la ocasión.

Será, pues, si se quiere, una grave pérdida la de las tragedias de gabinete de Varo, Ovidio, Asinio Polion, y hasta del mismo Mecenas, en atención á que, protectores ó protegidos, estos

ingenios hacían dramas en familia. Ante todo eran hijos de un gran siglo literario, apasionados, disciplinados; no conocían mas que cuatro ó cinco clases de belleza, y ni aun una fealdad que no fuese en sí una belleza; una vez por todas habían dado su aprobación á la belleza griega, y no admitían otra; eran amigos de Virgilio y Horacio con el corazón y la inteligencia, y sin duda en aquellas reuniones literarias no se prodigaban elogios por cosas medianas. Á la manera que en tiempo de Boileau, los literatos se amaban tiernamente como hombres, pero se mantenían en una gran reserva como escritores. La Grecia no ha sido nunca mejor comprendida que entonces, ni mas adorada; nunca se han hecho copias mas ardientes ni razonables de sus obras maestras; y cuando se ve á todos los grandes hombres del siglo de Augusto arrodillarse de tan buen grado ante aquella reina sin corona, á quien la conquista había perdonado los malos tratamientos de la esclavitud, ¿no parece que oímos á los ancianos de Troya decir, aludiendo á Elena: « ¡Y qué! ¿tan hermosa era para poder encender la discordia entre las naciones? »

NISARD, *Études sur les mœurs et les poètes de la décadence.*

§ 6. EL EDIPO DE SÉNECA Y EL DE SÓFOCLES.

En Séneca empieza la tragedia por la mañana, como nos lo advierte Edipo al principio de un monólogo de ochenta versos; y el sol parece alumbrar á pesar suyo una ciudad que la peste destruye. « ¡Cuánto pesa un reino! » exclama el rey de Tébas, y compara la soberanía á una montaña que los vientos azotan, á una roca elevada en medio del mar, que las olas, aunque tranquilas, baten incesantemente. Protesta á la faz de los dioses que es rey por efecto de la casualidad, y contra su gusto; que ha caído en un trono.

. . . In regnum incidi (vs. 14).

Los dioses le habían amenazado con un incesto y un parricidio futuros; y él huyó de los Estados de Polibo para librarse de este doble delito, no confiando en sí mismo, y poniendo en seguridad tus santas leyes, ¡oh Naturaleza!

. In tuto tua,
Natura, posui jura. . . (vs. 24).

Precaución de un estóico contemporáneo de Séneca, y no de un rey de la antigua Tébas, que no conocía el personaje de la Naturaleza, sino solo el destino y los dioses.

Edipo se sorprende de no sentirse atacado por el mal que destruye á su pueblo, y de ahí concluye que él es el autor de la peste. ¿Por qué? Porque Apolo no ha podido dar un reino

sano, *regnum salubre*, á un hombre amenazado de tan graves crímenes. Pero en el 40º verso está terminado el drama; pues si Edipo se cree autor de la peste, si está convencido de que la amenaza de los dioses ha hecho de él un rey contagioso, ¿por qué no sale al momento de la escena para arrancarse los ojos? No; Edipo se queda para hacer á los amigos de Séneca una descripción de la peste. Edipo ha cumplido ya con las dos condiciones del drama bastardo de aquella época; después de una declamación sobre las molestias que ocasiona el reinar, viene una descripción de la peste.

Pero ¿cómo saldrá Séneca del empeño? Homero, Sófocles, Lucrecio, Virgilio, Ovidio, han escrito descripciones de pestes, a las que no hay nada que añadir; de consiguiente es un tema agotado. ¿Qué podrá decir de nuevo sobre la peste? Precisamente esto es lo que excita la atención de los amigos de Séneca, y Séneca no perdonará medio de satisfacerlos. Los primeros pintores de estas grandes catástrofes se han contentado con rasgos generales, compendiosos, dejando á la imaginación el triste encargo de terminar el cuadro; pero Edipo recogerá todos los pormenores no observados ó desechados; seguirá á los enfermos, levantará las sábanas para ver el color de los apestados, y se arrojará como los buitres sobre los cadáveres para notar las contorsiones de la muerte; nos mostrará hombres que se han quemado en las piras destinadas á otros; madres que llevan allí á un hijo, y corren apresuradamente (*properant*) en busca de los demás; hogueras arrebatadas, sepulcros violados, y dos líneas mas abajo falta de tierra para las tumbas, falta de madera para los bosques, médicos que mueren junto á sus enfermos. Los amigos de Séneca aplauden sobre todo aquella expresión final:

. . . Morbus auxilium trahit (vs. 70).

En cuanto á Edipo, quiere abandonar esta ciudad de lágrimas, donde antes repetía que se habían agotado ya las lágrimas.

Periere lacrymæ. . . (vs. 59).

Quiere volver al seno de sus parientes. Aquí la exaltación le priva evidentemente del sentido común, pues que tornar á Corinto equivalía á exponerse al incesto y al asesinato. Yocasta se empeña en retenerle con una declamación sobre el deber que, entre otros muchos, tiene un rey, de mostrar tanta mayor firmeza cuanto mas vacilante está su situación. « Sin duda, responde Edipo, si se tratase de combatir contra un ejército, ó de emprenderla de nuevo con la Esfinge, nada temería. » Y se pone á contar minuciosamente cómo la Esfinge abría sus espantosas fauces; cómo la tierra estaba sembrada en derredor de huesos descarnados, sobras de los abominables banquetes del monstruo; cómo desde lo alto de su roca agitaba la cola y las

alas, hacía sonar las mandíbulas y rasguñaba la piedra con las uñas, *aguardando las entrañas de Edipo*.

. . . Viscera expectans mea. (vs. 100).

La desgracia de Tébas procede sin duda de las represalias de la Esfinge, — concluye este sabio rey después de haber asegurado ántes que emanaba del oráculo, y sale de la escena.

Entra el coro, y se pone también á describir... ¿el qué? — La peste. Séneca desea exaltar á sus amigos. La primera descripción los había maravillado, la segunda los sacará fuera de sí. Edipo había mostrado la peste en sus relaciones con los animales. Ovejas, corderos, toros, tanto los de los sacrificios como los de los pastos, el caballo, la vaca, la novilla, los lobos, los ciervos, los leones, los osos, las serpientes, son los principales personajes de esta enumeración. Suceden los embarazos de Caronte, barquero de los infiernos, pues semejante despoblación debe darle mucho quehacer; en seguida los prodigios que acompañan á la peste; los diferentes síntomas ó aspectos del mal, languidez de los miembros, color encendido del rostro, inmovilidad de la mirada, zumbido de oídos, sangre por la nariz, ruido confuso de las vísceras, borborismo, nada falta. Coro estimable, que conserva bastante serenidad para entretenerse en jugar con el vocablo, y un espíritu de argucias imperturbable, que no encuentra una lágrima que verter ni una súplica que dirigir á los dioses; que es el único sano de cuerpo, aunque no enteramente de alma, en medio de aquel pueblo moribundo, en aquella ciudad, *cuyas siete puertas no son bastante anchas para el paso de los convoyes fúnebres* (vs. 130). No se busque allí exposición. ¿Quién es Edipo? ¿De dónde viene? ¿Qué quiere de nosotros? Un artista, por poco dramático que fuese, informaría de todas estas cosas á los espectadores; pero aquí no se trata de arte dramático, ni la exposición serviría de nada. El argumento de Edipo es un tema: por lo tanto Séneca se abstiene de todo preliminar, pues su auditorio sabe cuánto basta para la especie de efecto á que él aspira; asistimos á una lectura, no á una representación.

Llega Creonte. ¿De dónde viene? De Delfos, adonde fué á consultar al oráculo de Apolo. En el primer acto no se nos había dicho nada de esto. Edipo pregunta á Creonte qué ha respondido el oráculo, y Creonte describe el templo de Apolo, los laureles que se agitan, la fuente Castalia que se pára de improviso, su propia agitación moral; por último, habla del oráculo. Este tiene dos sentidos, como todos los oráculos; indica oscuramente que el matador de Layo es un extranjero, *que debe volver un día al seno de su madre*. Estas palabras no causan impresión en Edipo, que mencionaba poco ántes horrorizado el incesto con que le había

amenazado el destino. Tampoco halla extraño que otro hombre haya cometido el mismo delito suspendido sobre su cabeza; pero piensa en su parte de rey que le obliga a proveer a la seguridad del trono, é impreca todos los males y suplicios contra el asesino de Layo. Sin embargo, su curiosidad es excitada ligeramente. « ¿Dónde fué muerto Layo? » pregunta. Excelente ocasión para una nueva descripción de Creonte, el cual describe *los ricos viñedos de la Fócide, el suave declive del Parnaso, aquellos arroyuelos que riegan el valle que costea el Ática*, todo para llegar a *los tres caminos*. La terrible palabra *tres caminos*, que en el drama griego hace estremecer a Edipo, no conmueve al Edipo de Séneca. Está oyendo tranquilamente la descripción de Creonte, como lo haría el auditorio de Séneca, cuando llegan Tiresias y Manto, su hija, que, según parece, habían dirigido su paseo al palacio de Edipo.

« Pues que se acerca a nosotros Tiresias, observa Edipo, es preciso que le consultemos sobre el delito designado por el oráculo. » Tiresias responde, que de los dos modos de recabar la verdad de los dioses, elegirá el ménos fatigoso para él, viejo y lleno de achaques. En efecto, el adivino se sometía a la fatiga del vaticinio, esto es, daba entrada al dios en su pecho, a riesgo de exponerse a todos los accidentes físicos resultantes de la cohabitación momentánea del hombre y la divinidad; ó bien se servía de los animales. « Aproximad, pues, al altar un toro blanco, » dice el anciano a no sé quién; quizá a los sacrificadores que le acompañan. Su hija Manto le contesta que una víctima gorda está delante del altar. ¡Van a degollarla, y luego harán su anatomía!

Manto ejecuta el sacrificio en vez de su padre ciego, y por comisión de este. Ya humea el incienso y brilla la llama. « ¿Sube directamente al cielo? pregunta Tiresias; ¿es viva y resplandeciente, ó bien se disipa en nubes de humo? » Manto no puede decirle de qué color es la llama, que tira, ya al rojo de la sangre, ya al pardusco del humo. Pero de repente se divide en dos llamas muy distintas, y la discordia reina entre ellas (*discors favilla*). Parece que se atacan y que combaten. Primera descripción por preguntas y repuestas.

Segunda descripción. Se inmola un buey y una novilla. « ¿Soporan con paciencia los toques preparatorios de los sacrificadores? — No, el toro, vuelto hacia Oriente, tuvo miedo de la luz del sol. — ¿Caen ambos en tierra al primer golpe? — La novilla sí, y aun camina derecha contra la cuchilla, y *se la clava*, » como dice el poeta, que fué muy aplaudido por esta nueva expresión (*semet induit*); pero el toro no sucumbe sino después de recibir dos golpes, y la sangre le brota por los ojos. Ahora bien, ¿qué significa esta doble llama, este toro y esta novilla? Las dos llamas son Eteócles y Polinice, en guerra el uno contra el otro; el toro es Edipo, que llora sangre, y termina en la mas

horrible ceguera su horrible vida; la novilla es Yocasta que se da la muerte.

Tal es la belleza de las literaturas en decadencia, la belleza de un degüello, de una carnicería; tal es la erudición de las literaturas en decadencia, un curso completo de *piromancia*, de *capnomancia*, de *hieroscocia*. Preside a la matanza una doncella griega, que lleva a cabo el triple ejercicio. El sacerdote del drama antiguo entregaba a las llamas la carne de la víctima, y no la colocaba aun palpitante en el umbral de los templos; con lo cual del sacrificio dejaba solo ver al espectador las flores, las cintas y las vaporosas exhalaciones de los altares. Séneca lo reduce todo a una cocina; y sin embargo, se trata de la parte mas escabrosa del enigma, esto es, de hallar un incesto en el vientre de la novilla. La doncella Manto registra las entrañas palpitantes, y encuentra allí un trastorno de las leyes de la naturaleza, un germen doblemente monstruoso, pues que existe en el vientre de una novilla intacta (*innuptæ*), y no en su puesto natural. Se creería estar oyendo a una comadre prácticamente hablar de un caso grave en materia de partos, con toda la licencia de las voces técnicas.

A pesar del esfuerzo de Séneca para traducir a sus amigos el destino de Edipo y su familia en enigmas hieroscópicos, Tiresias no está suficientemente informado, y por lo tanto se dispone a evocar todos los muertos del Tártaro, a fin de encontrar entre ellos a Layo y hacerle hablar. Edipo ruega a Creonte, como el primero del reino después de él, que asista a la escena de nigromancia dispuesta por Tiresias. En efecto, el anciano sale con su hija y Creonte, habiendo rogado antes al coro que cante las glorias de Baco durante la ceremonia, ¡cosa en verdad extremadamente relacionada con ella!

El canto nos refiere la historia completa de Baco, acompañada de muchas descripciones y erudición mitológica. La poesía es rica, armoniosa, aunque muella y llena de epítetos. Traduciremos aquí el principio, que tiene gracia y alma: « ¡Oh tú que coronas de movibles pámpanos tu ondeante cabellera, tú cuyos brazos están armados del tirso de Nisa; Baco, honor del cielo, oye los votos de la noble Tébas; tu ciudad predilecta te envía suplicantes palmas; dirige a nosotros tu cabeza, graciosa como la de una virgen; tu rostro, brillante como una estrella, disipe las nubes, que nos cubren, y aleje las tristes amenazas del Erebo y el ávido destino! ¡Cómo realzan la hermosura de tu frente esas flores de primavera que se entretejen en tus cabellos, ese gorro tirió y esa corona de hiedra cargada de racimos! ¡Qué bien te sienta dejar que se deslicen negligentemente tus cabellos, ó anudarlos con un lazo sobre tu cabeza. »

Effusam redimite comam nutante corymbo,
Lucidum caeli decus, huc ades votis,
Mollia Nisæis armate brachia thyrsis,

Quæ tibi nobiles Thebæ, Bacche, tuæ
Palmis supplicibus ferunt.
Huc advertè favens virgineum caput;
Vultu sidereo discute nubila
Et tristes Erebi minas
Avidumque fatum.
Te decet vernis comam floribus cingi,
Te caput Tyria cohibere mitra,
Hederave mollem haccifera
Religare frontem;
Spargere effusos sine lege crines,
Rursus adducto revocare nodo. . . (vs. 403).

Creonte se presenta a dar parte a Edipo de las operaciones de Tiresias (acto III); pero no teniendo que comunicar al rey sino cosas muy desagradables, vacila y rehusa declararse. De donde resulta un diálogo de sentencias declamatorias entre Edipo y Creonte, sosteniendo este que hay verdades que no deben decirse y males que no conviene curar si los remedios al efecto son vergonzosos; y Edipo, por el contrario, sosteniendo los perjuicios de la ignorancia y apoyando sus abstractas sentencias con amenazas positivas. Todo este diálogo es breve, pero no acelerado, pues que los personajes de Séneca no saben animar la conversación y cuando no declaman ni describen, nada les ocurre que decir. Creonte se apresura a llegar a una descripción, no tanto porque Edipo le obliga a ello, cuanto porque la conversación moriría si no acudiese la descripción a su auxilio.

La descripción de Creonte es una verdadera declamación poética, de la clase de aquella cuya materia debían suministrar los retóricos a sus alumnos. Parece que esta materia pudiera ser clasificada de la manera siguiente:

1º Pintura del sitio de las evocaciones infernales, que será una selva oscura, con una añosa encina en el medio. Descripción de esta reina del bosque, a cuya sombra Tiresias evocará los espíritus.

2º Descripción del exterior, de los cabellos blancos, del porte de las vestiduras sacerdotales del anciano.

3º Noticia de las ceremonias preparatorias en tal circunstancia, de las libaciones de vino y de leche, de las palabras mágicas, de la inmolación de las víctimas, etc.

4º Pintura de los desórdenes que siguen a la evocación, por ejemplo, de los aullidos de la turba infernal, de los terremotos, de las ondulaciones de la selva, de los largos crujidos de las encinas, etc.

5º Enumeración de las divinidades evocadas por el arte omnipotente de Tiresias, y presentación de todas las sombras ante el adivino.

6º Resistencia de Layo por largo tiempo al llamamiento del anciano sacerdote, y su vergüenza, que le obliga a ocultarse detrás de las demás sombras, hasta que en virtud de una postrer palabra decisiva del adivino, muestra la faz. Discurso suyo, lleno de aspereza, en que se advierte cierta indignación contra Edipo, aunque sin nombrarle.

Tal es el plan desenvuelto por Séneca, el cual

colocó en la selva cipreses, encinas, laureles, tilos, pinos, etc., con un epíteto calificativo que expresa su color, sus propiedades ó su uso. Describe con lujo la añosa encina; pero añade de su cosecha una fuente de agua estancada, que aquel árbol cobija con sus hojas. Presenta a Tiresias como un fantasma, cubierto de luto de piés a cabeza; pinta los varios accidentes que acompañan a la evocación; enumera los dioses infernales; luego las personas muertas de alguna fama; y por último, hace un retrato de Layo, cuyos miembros arrojan sangre, y que tiene cabellos desaseados y en desorden, y la boca iracunda (*ore rabido*), aumentando la materia con la imaginación de un discípulo, y desarrollándola con la amplificación propia también de un discípulo.

¿Qué hace Edipo mientras Creonte recita sus ciento cincuenta versos? Lo que el auditorio de Séneca; escuchar pacientemente sin interrumpirle ni en su descripción de la selva, ni en la de las ceremonias preparatorias, ni en la de Layo, sabiendo que Creonte tiene la manía de describir; manía que no se encuentra saciada sino cuando se han agotado todos los accesorios, y que interrumpiéndole retardaría aun las verdaderas explicaciones. Se resigna pues, y aguarda el fin; pero no bien calla su cuñado, él protesta. No puede ser Edipo el que Layo designó, porque Edipo no ha matado a su padre viviendo como vive todavía Polibo; tampoco es marido incestuoso de su madre, pues que Merope continúa casada con Polibo. De consiguiente, es todo una ficción de Tiresias, el cual está de acuerdo con Creonte para quitarle la corona. Creonte se defiende de esta supuesta trama: él, hermano de Yocasta, primer príncipe de la sangre, que disfruta todas las dulzuras del reino sin sentir su peso; él, cuyo palacio está siempre « lleno de ciudadanos y que tiene » un rico tren de casa, una mesa espléndida, « mente provista » (*cultus, opulentæ dapes*); ¡él, Creonte, conspirar! Edipo replica: « El camino mas seguro para el que apetece reinar, es alabar la vida modesta, el reposo y el sueño; a menudo el ambicioso inquieto finge tranquilidad: »

Certissima est regnare cupienti via,
Laudare modica, et otium ac somnum loqui;
Ab inquieto sæpe simulatur quies (vs. 682).

A estas sentencias opone otras Creonte sobre el odio que la tiranía produce a los temores del que se hace temer; Edipo impaciente le manda encerrar en una caverna (*saxæo specu*), razón definitiva de los tiranos. El coro atribuye el mal de Tébas a un antiguo rencor de los dioses, pues que, desde la llegada de Cadmo a aquel país, Tébas no había experimentado sino calamidades. — Descripción de estas desgracias: 1º dragón alado, cuyos dientes producen hombres armados que se destruyen entre sí; 2º el combate de estos hombres; 3º la metamorfosis de Acteon, sobrino de Cadmo, en

ciervo : este último cuadro es ingenioso, aunque algo débil en cuanto á la expresion, y está revestido de cierta elegancia, que es casi la única gracia de las poesías de decadencia.

Quid Cadmei fata nepotis,
Cum vivacis cornua cervi
Frontem ramis texere novis,
Dominumque canes egere suum;
Præceps silvas montesque fugit
Citius Actæon, agilique magis
Pede per saltus et saxa vagus;
Metuit motas zephyris plumas,
Et, quæ posuit, retia vitat;
Donec placidi fontis in unda
Cornua vidit voltusque feros,
Ubi virgineos foverat artus
Nimium sævi diva pudoris (vs. 751).

Edipo, una vez dispada su cólera contra Creonte, consulta sus recuerdos, y la conciencia no le acusa de nada; solo trae á la memoria que ha matado á un anciano en los campos de la Fócide donde se cruzan tres caminos (acto IV). Interroga á Yocasta sobre la edad de Layo, sobre la época de su muerte, sobre las circunstancias de su viaje. Por lo demas, protesta previamente de su inocencia; pero lo hace mas bien como estóico que como hombre de la fatalidad. Bajo la monarquía de los Labdácidas, en el tiempo en que se daba mas crédito á los oráculos que á la propia conciencia, Edipo teme demasiado á los dioses para osar calificarse de inocente á despecho de ellos; ni su conciencia es bastante á protegerle contra sus terrores. Pero en tiempo de Séneca, Edipo, filósofo y estóico, aparece corregido de las preocupaciones del Edipo griego, sobreponiendo su conciencia á los dioses y declarándose mejor que estos :

Sed animus contra innocens,
Sibique melius quam Deis notus, negat (vs. 766).

Por lo demas este verso es bello, y se conoce que pertenece á la misma época, y hasta puede decirse á la misma familia que el de Lucano.

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.

Es quizá perdonable al que escribe dramas descuidar la verdad local cuando la verdad universal gana en ello; pero la crítica condena á los héroes de Séneca, no porque sean falsos segun el punto de vista de su época, sino porque lo serian igualmente segun el punto de vista de otra edad cualquiera. Si solo fuesen filósofos y moralistas, se cambiarían sus nombres, y sus sentencias se leerían con respeto; pero son los exagerados de cierta secta, y los engañados de cierta moral; y ademas grandes declamadores y fabricantes de descripciones; por lo cual no se les puede soportar.

Mientras Yocasta refiere á Edipo las circunstancias que acompañaron el asesinato de Layo, llega un anciano de Corinto, que anuncia á los dos esposos la muerte de Polibo, é invita á

Edipo, en nombre del pueblo corintio, á ir á ocupar el trono vacante. Edipo no quiere: ¿sería prudente, ya que se mira libre del parricidio, exponerse á cometer el incesto? Merope vive aun. Entónces el anciano le declara que no es hijo de Merope y Polibo. « ¿Quién es, pues, mi padre? — Yo te recogí, dice el anciano, en la mas tierna infancia, de manos de un pastor de Layo. » Se llama á este pastor; es Fórbas; los dos ancianos se reconocen; pero Fórbas se resiste á hablar, y Edipo le amenaza con su espada. « ¿Quién soy? grita ¿quién fué mi padre? ¿qué madre me llevó en su seno? — Eres hijo de tu esposa, responde Fórbas; »

Quisnam quove generatus patre,
Qua matre genitus?
PHORBAS.

Conjuge es genitus tua (vs. 866).

Entónces Edipo llama sobre su cabeza deshonrada la venganza de los hombres y de los dioses, convirtiéndose así de estóico en hombre del destino. La sublimidad del arte griego arranca gritos de dolor á Séneca : « Los padres « y los hijos sepulten el hierro en mi seno; ár- « mense contra mí las esposas y los hermanos; « mi pueblo enfermo lance sobre mí la llama « arrebatada de las hogueras! Soy el oprobio « de esta edad, el blanco de la celeste cólera, « el hombre que ha hollado las leyes mas san- « tas, y merezco la muerte desde el día en que « nací : »

Me perat ferro parens,
Me natus; in me conjuges armeni manus.
Fratresque; et æger populus creptos rogis
Jaculetur ignes. Sæculi crimen vagor;
Odium æorum, juris exitium sacri;
Qua luce primum spiritus hausit rudes
Jam morte dignus. . . . (vs. 872).

Por lo demas, todo este acto es una imitación del griego, casi idénticos son sus interrogatorios, y á excepcion de algunas sentencias muy alambicadas, que el poeta latino pone en boca del anciano de Corinto, el dialogo es con frecuencia enérgico y natural : conviene añadir que este acto carece de descripciones, pues hablando Edipo de sus aventuras en el paso de los tres caminos, se limita á unos cuantos versos, quizá porque ya Creonte habia descrito minuciosamente el lugar. Sin embargo, como aun restaban muchas particularidades, conocidas únicamente de Edipo, y bastantes para dar materia á una relacion, preciso es agradecer á Séneca que se abstuviese de ella, así como de refundir la hermosa relacion de Sófocles. Pero ¿quién osará decir que Séneca estuviese tan contento de este acto como de los anteriores? En cuanto á mí, dudo mucho que un acto sin descripción haya parecido á los amigos de Séneca suficientemente completo, y me inclino á creer que el trozo mas aplaudido debió ser el pequeño coro final en versos ingeniosos sobre

los zares de una elevada fortuna y las ventajas que resultan de vivir en la medianía; vulgaridad filosófica, probada con el ejemplo, ó mas bien con la descripción de las aventuras de Dédalo y de Ícaro, este cayendo al mar por haberse acercado demasiado al sol, y aquel manteniéndose con seguridad á una regular altura. El principio es bello : « Si estuviera en mi mano « crearme un destino, querria un ligero céfiro « que hinchase la vela de mi navecilla, y no « un soplo violento que destrozase sus entenas. « Desearia verla bogar sin peligro, impelida por « un soplo suave y moderado, que no la obli- « gára á tumbarse sobre las olas. Querria pasar « una vida tranquila y segura en un camino « intermedio : »

Fata si liceat mihi
Fingere arbitrio meo,
Temperem zephyro levi
Vela, ne pressæ gravi
Spiritu antennæ tremant;
Lenis et modicum fluens
Aura, nec vergens latus,
Ducat intrepidam ratem;
Tuta me media vehat
Vita decurrens via (vs. 882).

Pero ¿cuánto no nos aleja esta preciosa poesía de la peste que aflige á Tébas y de los espantosos infortunios de Edipo! ¿Qué momento bien escogido para templar la lira en el tono del idilio de Mosco!

Llega un mensajero á decir que Edipo se ha arrancado los ojos; el desgraciado al principio rugió como un león de África; cubierto de sudor y de espuma, profirió horribles amenazas, y en seguida deliberó sobre la muerte de que debía morir. Despues de vacilar entre el hierro y el fuego, despues de pedir un tigre ó un buitre que le destrozase las entrañas, reflexionó que no era bastante morir, cualquiera que fuese el género de muerte, y que no podia ser castigado segun merecian sus delitos. Pues que la naturaleza habia cambiado sus leyes para hacerle criminal, era necesario que él las innovase en materia de suplicios, y de consiguiente se decidió por una especie de fin que no fuese ni muerte ni vida, pero que honrase la sagacidad de un adivino de enigmas, y se arrancó los ojos. El mensajero dedica quince versos á describir esta operacion, cuyos pormenores son horribles. En la decadencia romana tales horrores no se encuentran sino en los relatos; en las otras decadencias están en accion. Yo prefiero el arte que me los hace leer, al arte que los expone á mi vista.

El coro que ve á Edipo bañado en sangre, y en lugar de sus ojos, dos agujeros ahondados con las uñas, reconoce la mano de hierro del destino, y declara que nadie puede librarse de sus golpes. Es frio como una disertacion de filosofia hecha junto al fuego; pero al cabo está en situacion.

De improviso se aparece Yocasta. ¿Qué teme-

ridad poner frente á frente al incestuoso y á su madre! ¿Y qué han de decirse? El arte griego no habia arrojado esta dificultad, retirando á Yocasta de la escena para hacerla morir sin estrépito; no creía que estos dos seres, heridos por los dioses, pudiesen dirigirse la palabra sin que fuese un insulto. No arredró á Séneca lo que habia arredrado al arte griego, y con grandes aplausos de sus amigos escribió una última entrevista de Edipo y su madre, que es su esposa. Si esta entrevista raya en lo ridículo ó en lo sublime, decídalo el lector.

El coro ve venir á Yocasta, furiosa como Agave, sus males la han privado del pudor; se detiene al aspecto de Edipo mutilado, y no puede hablar. ¿Por qué esta vacilacion? Porque se trata para ella de un trabajo muy complicado de su ingenio, cual es saber cómo debe llamar al hombre que tiene delante. Dirá : « ¿Hijo mio? » Edipo oye esta palabra, y exclama : « ¿Quién me vuelve mis ojos? ¡Ah! es la voz de mi madre : »

Quis reddit oculos? Matris, heu! matris sonus
(vs. 1013).

Conoce que dos seres contaminados como Yocasta y él no deben avistarse, y hace la crítica de Séneca pidiendo que el mar y todos sus abismos, la tierra y todas sus profundidades le separen de aquella mujer. Yocasta se rie de su escrúpulo : « La culpa es del destino; no son criminales sus víctimas : »

Fati ista culpa est; nemo fit fato nocens (vs. 1019).

Tiene razon; pero entónces ¿á qué matarse dando así un mentis inmediato á esta bravata estóica? Solo que, del mismo modo que Edipo, no sabe dónde herirse, si en la garganta ó en el corazon; finalmente se decide por el vientre, que llevó á su marido y á su hijo :

Uterum capacem, qui virum et natum tulit (vs. 1039).

Este es todo el efecto que Séneca obtuvo de la entrevista. Yocasta no sabe qué nombre dar á Edipo, ni qué género de muerte elegir, y así comete la grosera contradiccion de proclamarse inocente y de matarse. Edipo sale del paso mucho mejor, pues pide una separacion completa y eterna; y al oír á su madre filosofar en vez de morir, le suplica que cese y no ofenda sus oídos :

Jam parce verbis, mater, et parce auribus (vs. 1020).

Cuando todo está concluido, Edipo acusa á Apolo de sus desgracias, se exhorta á si mismo en un apóstrofe á salir del territorio tebano, da dos pasos hácia adelante; pero al ir á dar el tercero, dice : « Detente, para no tropezar con tu madre : »

Siste, ne in matrem incidas (vs. 1015).